

JAVIER

Arquitectura y ciudad en el cambio de siglo. Ante un nuevo paradigma

CENICACELAYA

El nuevo siglo se abre con un excepcional acontecimiento: Las torres gemelas son inesperadamente abatidas una mañana de Septiembre de 2001. Los Estados Unidos se muestran vulnerables ante el mundo; la primera potencia militar no ha podido evitar que el corazón financiero del planeta, que el *sancta sanctorum* del capitalismo sea atacado de un modo tan expresivo, evidente y hasta escenográfico. Porque se escenifica la vulnerabilidad de la gran potencia.

El nuevo siglo se abre también con la aparición de múltiples publicaciones que anuncian la inminencia de un cambio en el planeta que vendrá dado por varias circunstancias nuevas; entre ellas la crisis energética, o el fin de la era del petróleo.

Libros como *The Long Emergency. Surviving the Converging Catastrophes of the Twenty First Century*, de James Howard Kunstler¹, publicado en 2005, describen el escenario de un mundo sin petróleo. Durante lo que él denomina como período transitorio entre la era del petróleo, como combustible de fácil manipulación y enorme versatilidad, y la llegada de otra alternativa energética capaz de reemplazarlo con idéntica facilidad y versatilidad.

¹ Kunstler, James Howard. *The Long Emergency. Surviving the Converging Catastrophes of the Twenty First Century*. Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2005.



Torres gemelas. 11 de septiembre de 2001.

La emisión de gases de efecto invernadero, el calentamiento global, el deshielo de los casquetes polares, la desaparición sistemática de miles de especies cada día, la creciente desertización y la consiguiente escasez de agua, etc.

Toda una serie de circunstancias que aún no siendo nuevas o propias de los albores del nuevo siglo, se presentan con tintes de emergencia, de ineludible emergencia, e incluso de necesidad de supervivencia de la especie humana.

Nunca como en los años que rodean al cambio de siglo la conciencia sobre la necesidad de cuidar el medio ambiente había alcanzado a amplísimos sectores de la población.

Los polos se derriten.



Los medioambientalistas de todo tipo reclamaban la urgente necesidad de entender de una vez por todas que el equilibrio ecológico de las diferentes regiones del planeta depende de las áreas habitadas, o muy habitadas; en otras palabras, es la ciudad la que incide más que ningún otro factor en las alteraciones medioambientales. Y al atribuir a la ciudad y a las áreas metropolitanas esa responsabilidad, de alguna manera se abordaba nuevamente el modelo, o los modelos de ciudad en los que la sociedad contemporánea habitaba. Se abordaba, una vez más, la cuestión urbana, los fallos y los éxitos del tipo de ciudad en el que vivimos, o en el que anhelamos vivir.

Lo urbano, o si se prefiere el urbanismo aparece como un campo de un renovado interés para todas las disciplinas, y particularmente la arquitectura.

Unido a esta cuestión de la ciudad o del modelo de ciudad, aparecen, particularmente en los Estados Unidos, nuevas áreas de preocupación en la búsqueda de una mayor calidad de vida.

² Pollan, Michael. *The Omnivore's Dilemma. A natural History of Four Meals*. Penguin Books, Nueva York, 2006.

Michael Pollan² revisa en su libro *The Omnivore's Dilemma. A natural History of Four Meals*, publicado en 2006, los vaivenes de la cultura americana en el terreno de la alimentación a lo largo de los últimos años, que han llevado a la sociedad a una situación como la actual de alimentación inadecuada para la salud. Un modelo que se extiende a

todos los países del mundo industrializado, donde en los supermercados la sección de pre-cocinados ocupa día a día mayor espacio.

Por otro lado en las postrimerías del siglo xx, tanto los analistas económicos de los círculos marxistas como los de los ultraliberales coincidían en vaticinar un inminente e inevitable *crack* del capitalismo. Desde ambos ángulos, el marxista y el ultraliberal, tal *crack* era considerado, eso sí, por motivos bien diferentes, como algo necesario y conveniente, una «limpia», en una sociedad cuyo vertiginoso ritmo y velocidad era preciso ordenar o reconducir.

Francamente considero que nadie creía ni a los unos ni a los otros, considerados ambos como auténticos extremistas, que lo eran en cuanto a que sus posiciones eran realmente extremas o extremosas.

Sobre ese vertiginoso ritmo de la sociedad contemporánea y el incesante incremento de la velocidad, como parámetro de una sociedad desarrollada, ya nos había hablado Paul Virilio³ en su libro *El ciber mundo, la política de lo peor* (1997), anunciando del riesgo, innegable, del accidente asociado a la velocidad.

³ Virilio, Paul. *El ciber mundo, la política de lo peor*. Ed. Cátedra, Madrid, 1997.

Y por otra parte cada vez más surgían movimientos, en verdad minoritarios, que clamaban por la conveniencia de un *Down Shifting*, o reducción de ese ritmo, y de actitudes a favor de una mayor lentitud en la realización de las diferentes acciones humanas; este es el caso del *Slow Food Movement*, partidario de que la comida debe ser preparada con mimo y atención, y claro está, con tiempo suficiente.

A pesar de los augurios de los círculos extremistas citados, hace tan sólo tres o cuatro años nadie se atrevería a presagiar, ni siquiera a vislumbrar, que una hecatombe financiera pudiera producirse; porque en el nuevo siglo que se iniciaba había desaparecido la tensión entre las dos grandes potencias y el horizonte estaba puesto en alcanzar las más altas cotas de desarrollo; nuevos escenarios de crecimiento se abrían en Asia, con nuevas potencias económicas emergentes.

Sin embargo en 2008 todo el sistema financiero del mundo se derrumbó, y ahora nos percatamos de que la anunciada hecatombe si era posible, y precisamente por lo que los augures habían anunciado: por la codicia y la corrupción humanas y el descontrol por parte de los poderes públicos.

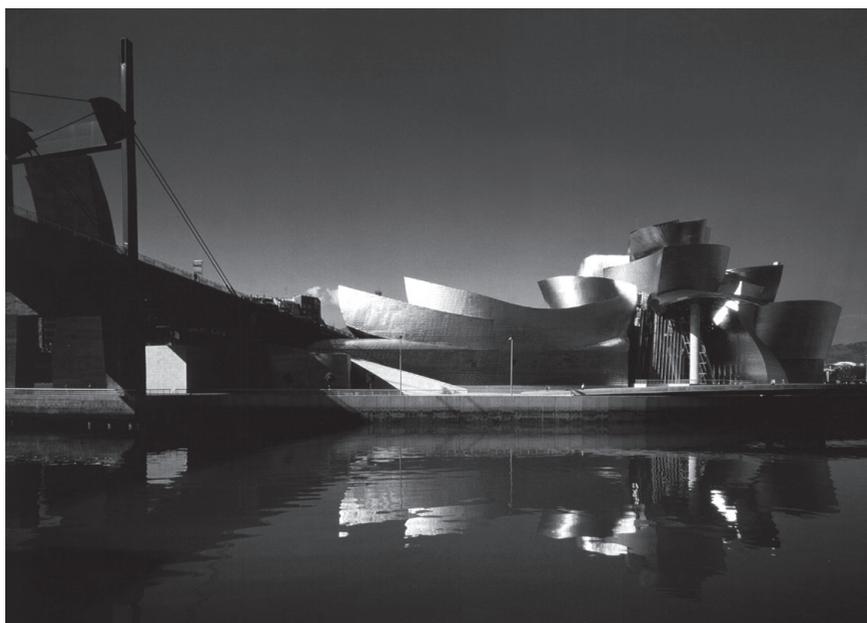
Hoy asistimos expectantes al desarrollo de una crisis cuyo desenlace no sabemos que consecuencias va a acarrear; pero esta vez, sí que prometen ser de notable trascendencia.

El fin del delirio

El 23 de diciembre pasado, en vísperas de la Navidad, Nicolai Ourousoff, el crítico de arquitectura del *New York Times* escribía un artículo que titulaba «*It was Fun till the Money Run Out*» (Fue divertido hasta que se acabó el dinero). Ourousoff, ardoroso defensor de los arquitectos super-estrellas, sostenía que a partir de ahora el talento arquitectónico debía dedicarse a las obras de mayor alcance social: escuelas, hospitales, infraestructuras, etc; él veía esa dedicación en sintonía con una política tipo *New Deal*, es decir, de grandes obras públicas, que según parece el nuevo presidente Obama va a emprender.

Lo que la declaración de Ourousoff revela está muy claramente expuesto en el propio título del artículo: «Fue divertido hasta que se acabó el dinero»; esta afirmación reconoce un periodo de delirio, de fiesta y celebración, cuando no de orgía en algunos casos, en lo que concierne a determinadas obras de los arquitectos super-estrellas. Ourousoff decía, en otras palabras: «La fiesta se ha acabado». Y habitualmente tras la fiesta suele venir la resaca.

El cambio de siglo por todo ello aparece con todas estas circunstancias: Un delirio económico que ha permitido la realización de sorprendentes



Museo Guggenheim Bilbao.

obras de arquitectura, desde el Museo Guggenheim en adelante; un ataque al corazón mismo de las finanzas del mundo; los anuncios de una secuencia de crisis, desde la energética a las de otro tipo; la creciente sensibilidad sobre un sinnúmero de problemas medioambientales; y el crack financiero de 2008, que ha clausurado el periodo de delirante desarrollo a lo largo de una década, a caballo entre el siglo XX y el XXI.

Hasta aquí no he desvelado nada que no sea conocido. La cuestión ahora se centra en saber vislumbrar qué derroteros seguirá la sociedad y la arquitectura en los próximos años, en cuanto se haya recorrido ya una década del siglo XXI en adelante.

Contención y racionalidad

Parece que las circunstancias, desde luego las económicas, marcan un sendero de austeridad y contención, o si se prefiere de racionalidad y de regreso a sistemas financieros más tradicionales y menos digamos «audaces», menos relacionados con tanta ingeniería financiera de muy dudosos e incluso a veces letales resultados.

Contención, o llamada a la racionalidad que suele producirse como reacción a los momentos de euforia, de despilfarro, de delirio. Son muchos los ejemplos que podríamos señalar a lo largo de la historia, tanto de la historia de la cultura como de la historia de la arquitectura. Son los momentos que en las secuencias de Henri Focillon podrían clasificarse de protoclásicos y clásicos y que preceden, a los manieristas, barrocos y rococós, para volver a empezar: protoclásicos, clásicos, etc.

Así sucedió en la antigua Grecia, o en Roma, o durante el románico-gótico, o el renacimiento; y esto ha ocurrido en todas las culturas.

¿Cómo explicar si no la radical reacción hacia la racionalidad y la contención, hacia el recurso a lo estrictamente justo y necesario, de la secta *Rinzai*, reformadora del budismo, desde su pensamiento zen?

¿Cómo explicar si no las soluciones dadas por los *Shakers* en América cuando buscaban rodearse de un universo de objetos atemporales, de una validez formal libre de obsolescencias propias de una sociedad de consumo?

O más próximo a nosotros ¿cómo explicar la contención de la Nueva Arquitectura en Alemania, de las propuestas de la *Existenzminimum* de Hannes Meyer, del interés por una transparencia fenomenal además de literal?

Los ejemplos serían innumerables, y en otros campos a más de la arquitectura.

Podríamos decir que se avecina una época de mayor racionalidad y mayor contención formal. Ya ha empezado a extenderse entre los círculos de quienes realizan los encargos que sólo importan cuatro palabras: «*On budget, on time*», «En precio y a tiempo». Y esto, pienso yo, es también indicador de un cierto hartazgo de aquellas propuestas que por disparatadas se escapan absolutamente de control, en precio y tiempo. Y en esos círculos se empiezan a considerar como susceptibles de ataques, por parte de amplios sectores de la sociedad, las extravagancias que supongan un despilfarro de dinero.

Al igual que ocurriera con las vanguardias racionalistas de los años 20 y 30 el recurso a la razón conlleva una mirada al más importante reducto de la racionalidad en arquitectura, que no es otro que la arquitectura popular. Y en cualquier caso, esa mirada a la arquitectura popular encierra la puesta en valor de la memoria, el reconocimiento de la importancia de la imitación, y en definitiva la visión de la historia como algo operativo.

Pero luego volveré a esta cuestión de la memoria.

Porque quiero hacer una referencia a las reacciones que se están produciendo en arquitectura a raíz de la creciente sensibilidad medioambiental. Creo que las más importantes se dan en el terreno del urbanismo, en la manera de entender la ciudad.

La ciudad

Es también en los Estados Unidos donde podemos ver las reacciones más extremas, porque extremas son también las situaciones de sus áreas metropolitanas. El cumplimiento del sueño americano siguiendo los postulados de Jefferson de que una república de hombres libres sería aquella en la que cada ciudadano dispone de una parcela de tierra sobre la que vivir, este postulado ha contribuido al desarrollo en baja densidad; lo cual unido a una legislación de la Segunda Posguerra que favorecía el crecimiento suburbano en detrimento de las áreas centrales más densas, y considerando el impacto de las ideas de la división funcional de la ciudad según las actividades, todo ello ha propiciado la actual penuria en la que las grandes metrópolis de los Estados Unidos se desenvuelven.

La sectorización de las actividades, en áreas para vivir, áreas para trabajar y áreas para otras actividades (ocio, comercio, etc.) ha originado el desarrollo de extensísimos trazados viarios y de todo tipo (agua, telefonía, electricidad, saneamiento, etc.). Una situación que resulta insostenible.

Ya desde comienzos de los años 60, pensadores como Jane Jacobs⁴ en *The Death and Life of Great American Cities* (1961), señalaron con lucidez el peligro que se cernía sobre las grandes ciudades de América. Y Kevin Lynch⁵ reflexionaba en *Managing the Sense of a Region* (1976) sobre cómo dirigir, cómo manejar o gestionar (*manage*) el sentido de región, retratando un escenario que trascendía lo metropolitano para abarcar extensas regiones.

⁴ Jacobs, Jane. *The Death and Life of Great American Cities*. Vintage/ Random House, Nueva York, 1961.

⁵ Lynch, Kevin. *Managing the Sense of a Region*. MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1976.

Las enormes áreas suburbanas conocidas como el *sprawl* son hoy el objeto de ataque de los movimientos medioambientalistas, del *Smart Growth*, o el *New Urbanism*.

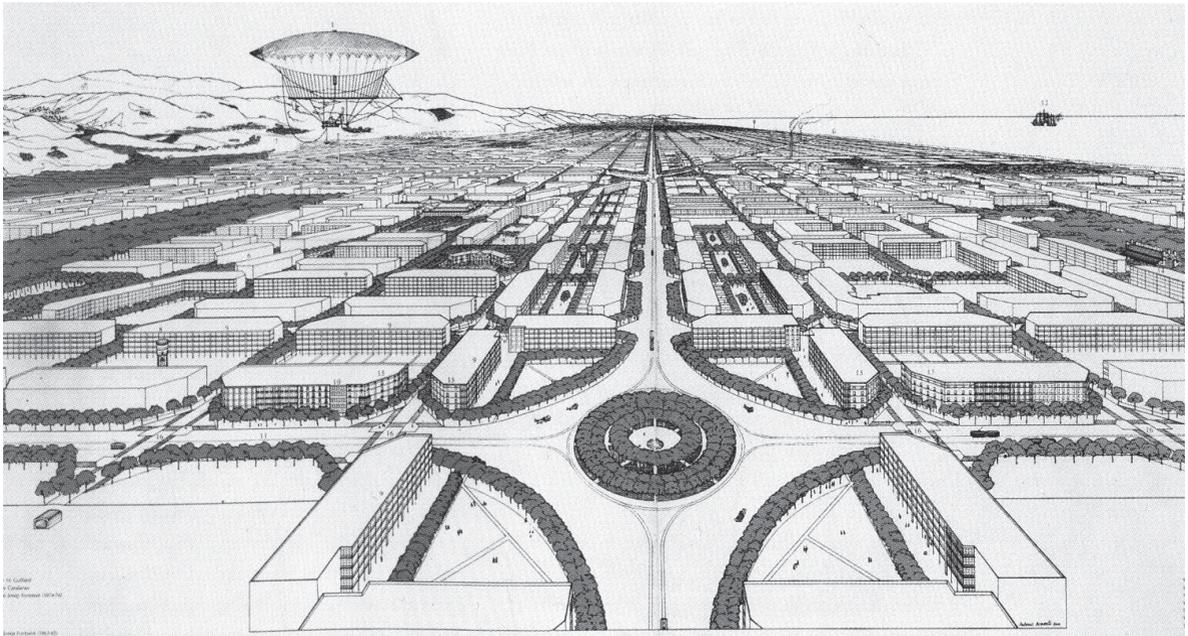
Todos defienden un incremento de la densidad, y también la implantación de la mezcla de usos. Los más radicales abogan por el establecimiento de industrias y de granjas dentro de las ciudades; y siempre en el horizonte, aunque muy lejano, estarían las ciudades de tamaño medio del Mediterráneo europeo.

La postmodernidad: el abandono de la urbanidad

Desde hace aproximadamente un siglo y medio, grandes figuras del urbanismo se han entregado a proponer diferentes modelos para la ciudad que resultaran adecuados para la persona y para la sociedad: Cerda, Howard, Soria y Mata, Le Corbusier, Hilberseimer y otros. Todos buscaron desde su posición y su contexto crear un mundo nuevo.

A pesar de los resultados, lo cierto es que la voluntad de crear un mundo mejor, un mundo nuevo diferente del pasado, constituía la base del entusiasmo de los arquitectos modernos. Existía, sin duda alguna, un afán por generar una urbanidad, quizás podríamos decir una nueva urbanidad, o una urbanidad diferente. E incluso una urbanidad contraria a la que los modernos se habían encontrado.

Lo que hoy ocurre es que la ciudad se ha abandonado. Y si bien esto sucede desde la Segunda Guerra Mundial, hoy resulta ya completamente evidente. Los arquitectos han renunciado a idearla.



Proyecto de Ensanche para Barcelona. Cerdà.

Y si no hay ideación, no hay previsión, y el individuo queda tan al albur de los acontecimientos como la ciudad misma.

En realidad es la sociedad misma la que queda al albur, desarticulada e inconexa.

De modo que el gran artefacto de la creación humana que es la ciudad, el foro más importante e intenso de contactos y comunicación, queda profundamente debilitado en una situación de transitoriedad hacia un *estatus* que aún no llegamos a vislumbrar, pero que esta vez no tiene por qué ser necesariamente un *estatus* mejor.

Hasta hace cuatro o cinco décadas, en los años 50, la conducta y la urbanidad eran consideradas como las reglas básicas y fundamentales en la educación para una vida social, de convivencia, sana y civilizada.

Se enseñaba a los niños a comportarse según determinados principios y modos establecidos para una armonía y respeto mutuo.

El incremento del consumo de todo tipo, es decir de bienes, de imágenes, de experiencias, etc; la competición por buscar la novedad por la novedad, a cualquier precio, y la apoteosis del individualismo, todo

ello, ha cambiado el escenario en las últimas dos décadas. La quiebra de la urbanidad a la escala que ha tenido lugar últimamente no ha aportado nada bueno para el individuo o para la comunidad. Mas bien al contrario: la homogeneidad de las áreas urbanas ha sido erosionada, perdiendo su identidad. Las soluciones propuestas, insuficientemente experimentadas por el paso del tiempo, han dado un resultado más bien pobre. La ciudad ha devenido una auténtica cacofonía de objetos, ha perdido armonía, y ha abandonado los mínimos niveles de respeto por los ámbitos públicos, por la calle, las plazas, etc.

Esa cacofonía, o yo diría cacomorfismo, se ha adueñado ya de nuestras ciudades.

Y aún más, la inseguridad sobre cómo será el barrio de al lado, o la casa de enfrente ha invadido ya la vida en la ciudad. El planeamiento está mal visto, y ni siquiera el conocido como planeamiento estratégico, es decir, aquél que se revisa cada cortos espacios de tiempo, es tomado en consideración.

En su lugar se ha impuesto el «Planeamiento en la Incertidumbre», porque las circunstancias del contexto cambian constantemente; y con este argumento del cambio permanente se establece la coartada para dejar las manos libres y poder actuar en cada situación, y en cada momento con reglas nuevas.

Resulta sorprendente que en la sociedad actual en la que el individuo busca desesperadamente la seguridad, o la garantía en todas sus acciones del cumplimiento de lo que en un momento se conviene y se pacta, es decir un exagerado interés en prever el futuro, sin embargo el desarrollo de la ciudad o del territorio no ofrece ya esas garantías de previsión.

Queremos prever cómo será nuestro futuro, nuestro seguro médico, la vida de nuestro coche, etc. y sin embargo, no sabemos si en frente de nuestra casa, se construirá otra mucho más alta que nos arrojará sombra, o una instalación o un uso molesto, o en nuestro barrio se construirá algo que nunca esperábamos.

La inestabilidad como un rasgo del momento contemporáneo no se circunscribe al puesto de trabajo, a las deslocalizaciones de las empresas, etc., ya hoy en día invade nuestro hábitat más próximo.

Un auténtico *laissez faire* se ha instalado como el *modus operandi* deseable; parece como si las reglas de juego, aquellas que la urbanidad

impone, debieran desaparecer a fin de que la arquitectura y la ciudad queden ya libres para volar hacia insospechadas cotas de creatividad; creatividad que se circunscribe, que comienza y acaba, en el mismo objeto arquitectónico desentendido de cualquier contexto.

Se ha impuesto a lo largo del pasado siglo un desmedido culto al objeto arquitectónico; ya no son las cinco fachadas (incluida la del cielo) las que han de concentrar la atención del autor, porque desde la llegada de la Postmodernidad, el objeto ha abandonado la idea de fachada, o de fachadas, para devenir algo expresivo; es la expresión la que ha suplantado a las fachadas.

La ciudad ha sido la receptora de los más diversos objetos, inconexos los unos de los otros, en un universo de autistas, como si de un muestrario se tratara. Esto es particularmente evidente en las dos últimas décadas. Y si bien hasta hace un par de años, parecía que esta situación no iba a cambiar, por ser inherente a la condición contemporánea de apoteosis del individualismo; hoy sin embargo esto no resulta tan evidente, o al menos no parece ya tan deseable.

En realidad este estado de cosas puede darse, y de hecho se ha dado y se da, teniendo como fondo a la ciudad tradicional moderna heredada del pasado, aún del más reciente, de la primera mitad del siglo xx.

Por ello antes me refería a la erosión que se va produciendo lentamente en la ciudad, sin que lo nuevo suponga realmente una contribución que mejora lo viejo; y ello porque ante la ausencia de reglas de urbanidad, o urbanas, el desmedido culto al objeto ha desembocado en una obsesión por llamar la atención, por producir un auténtico choque contra el contexto, aunque el objeto arquitectónico esté destinado a un uso tan explorado y común como es el de la vivienda.

Esta situación de una real ausencia de previsión, de visión anticipada, es decir de planificación, es particularmente evidente tras el advenimiento de la Postmodernidad.

La Postmodernidad ha cuestionado las certidumbres de la modernidad, ha relativizado los valores, ha legitimado la diferencia, y permitido volver a mirar a la historia, como a través de un zoom, como algo plano, como mero arsenal de formas disponibles para ser reutilizadas, acriticamente.

De ahí muchos han deducido un «todo vale», y la inevitable liquidación de las reglas que la urbanidad requiere.

Pero en una sociedad donde la certidumbre, la seguridad y la previsión de los acontecimientos angustian como nunca antes al individuo, tal ausencia de reglas en el ámbito urbano no deja de ser un sin sentido.

Hasta el advenimiento de la Postmodernidad en los años 70, la arquitectura moderna era consciente de su rol como parte fundamental para configurar la ciudad, o el medio urbano, y ello independientemente de cómo fuera entendida la ciudad.

Y ello aunque hoy podamos constatar que muchas de las proposiciones para la ciudad del movimiento moderno han demostrado constituir un colosal fracaso.

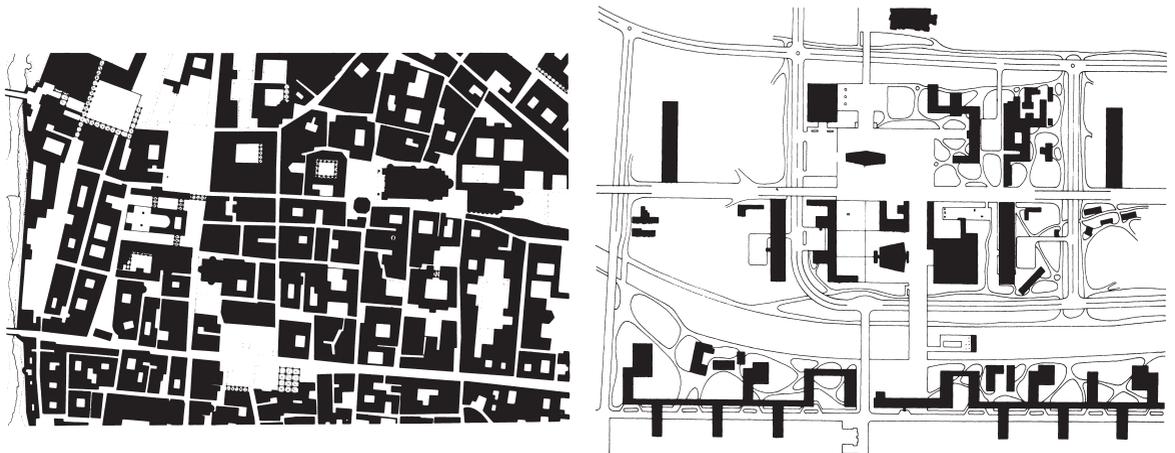
Como algunos han dicho, la propuesta moderna de los edificios aislados sobre un verde, o *the city in the park*, es decir la ciudad en el parque, ha acabado siendo *the city in the parking*, la ciudad en el aparcamiento.

Y tenemos como muestra el caso de las periferias de las ciudades francesas que fueron construidas después de la Segunda Guerra Mundial, las conocidas como *banlieue*, que fueron incendiadas en el otoño del 2005, hace apenas cuatro años.

Hemos podido oír lo que opinaban los moradores de esos barrios donde no existe la calle, ni la plaza, ni los paseos, ni la diversidad de usos, ni cualquiera de los elementos propios de la ciudad tradicional.

Hemos oído los relatos de cómo sus moradores se sentían vulnerables, vigilados y desprotegidos en cuanto salían del portal de su bloque; no

Ciudad compacta vs. ciudad «en el parking».



tenían espacios en los que guarecerse en el deambular por su barrio, para charlar con cierta privacidad, aunque fuera para las pequeñas transgresiones juveniles.

Esos jóvenes, desarraigados de una sociedad que no los acepta como parte de la misma, expresaban en sus relatos su profundo malestar por esos barrios que consideraban como carcelarios; barrios de bloques aislados, separados y bien alejados los unos de los otros; se sentían visualmente controlados las 24 horas del día.

Cierto que el malestar que llevó al incendio de las *banlieue* de Francia obedece a razones que van más allá del deplorable estado y la baja o nula calidad urbana de esos barrios, pero el contexto físico ha sido, como hemos podido oír, uno de los factores que han contribuido al sentimiento de segregación, de marginación, de olvido, de pertenencia a un ghetto.

Lejos de la riqueza y la variedad que ofrece la ciudad compacta, con calles, callejuelas, plazas, mezcla de usos, etc., los residentes de esos barrios parecían condenados cuando menos a un mortífero olvido, en un entorno cuyo mantenimiento (sin duda costoso) dejaba mucho que desear.

El caso de la ciudad en el parque, es decir las torres esparcidas al azar y muy distanciadas entre sí, este caso de la ciudad en el parque, que acabó, como digo, siendo la ciudad en el parking o aparcamiento, no es el único que ha evidenciado el fracaso de las ideas del Movimiento Moderno sobre la ciudad. Existen otros en los que no me detendré.

Pero como señalaba anteriormente, a pesar de los resultados, lo cierto es que la voluntad de crear un mundo mejor, un mundo nuevo diferente del pasado, constituía la base del entusiasmo de los arquitectos modernos. Existía, sin duda alguna, un afán por generar una urbanidad, quizás podríamos decir una nueva urbanidad, o una urbanidad diferente. E incluso una urbanidad contraria a la que los modernos se habían encontrado. Frente a esto, en las dos últimas décadas con la implantación de ese *laissez faire*, de la búsqueda de lo nunca visto, etc., la situación ha cambiado completamente.

La propuesta de la ciudad collage

Parece que ante este estado de cosas, la propuesta de una «ciudad collage» donde puedan existir lo moderno y la tradición, unas determinadas visiones de la ciudad y otras diferentes, en áreas bien definidas, pero diferentes y yuxtapuestas, puede ser una solución, al menos de momento.

En 1978, hace tres décadas, en plena emergencia del pensamiento postmoderno, Colin Rowe⁶ comentaba en su libro *La Ciudad Collage*:

⁶ Rowe, Colin. *Collage City*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1981 (MIT Press, 1978).

«La ciudad tradicional moderna se niega a ser establecida. El ámbito público se ha reducido a un espectro implorante, pero el ámbito privado no se ha enriquecido significativamente. No existen referencias —ni históricas ni ideales—, y en esta sociedad atomizada, excepto lo que se suministra electrónicamente o se busca de mala gana en el texto impreso, la comunicación ha sufrido un colapso o bien se ha reducido a un empobrecido intercambio de fórmulas verbales de la más absoluta banalidad».

Irónicamente Colin Rowe continúa:

«Evidentemente no es necesario que el diccionario, ya sea el Webster o el Oxford English Dictionary, conserve su volumen. Es redundante, su formato acusa hinchazón, el uso indiscriminado de su contenido se presta a una retórica presuntuosa, sus sofisticaciones tienen muy poco que ver con los valores de la "gente sencilla", y desde luego, sus categorías semánticas muestran muy escasa correspondencia con el proceso del salvaje neo-noble. Pero si la llamada, en nombre de la inocencia, a abreviar seriamente el diccionario encontraría posiblemente muy pocos seguidores y haciendo la salvedad de que las formas de la edificación no son como las palabras, puede, en cambio, hacerse un paralelo de estricta analogía entre una propuesta como la mencionada y el programa lanzado por la arquitectura moderna».

Continúa Colin Rowe:

«En cualquier caso, llegados a este punto, la cuestión no consiste tanto en que la ciudad tradicional, en términos absolutos, sea buena o mala, relevante o irrelevante, a tono con el *Zeitgeist* o no. Tampoco se trata de los obvios defectos de la arquitectura moderna, sino más bien de una cuestión de sentido común y de común interés. Tenemos dos modelos de ciudad. Finalmente, el deseo de no prescindir de ninguno de los dos nos impulsa a corregir a ambos, pues, en una época supuestamente de amplitud de opciones y de intención pluralista, debería ser posible tramar algún tipo de estrategia de acomodación y coexistencia».

Colin Rowe defiende la conveniencia de acomodar las dos maneras de contemplar la ciudad —la moderna y la tradicional—, de no renunciar a ninguna de las dos.

Plantea la ciudad *collage*. Una estrategia que permite la coexistencia de opciones sin que ninguna se imponga a otra; cada manera de ver la ciudad en un área determinada.

¿Qué mejor solución cabe para acomodar la diversidad? ¿Qué mejor acuerdo para evitar la erosión de las áreas urbanas, a la que antes hacía referencia?

Al establecerse un *collage* de barrios de diferentes características formales, se fijan las reglas, o los códigos, que rigen en cada uno de los elementos del *collage*; y las diferentes características formales que pueden responder a diferentes aspiraciones de la gente, a diferentes maneras de sentir la ciudad, los espacios públicos, etc. Una especie de co-existencia civilizada.

No se descarta la existencia de reglas, de la urbanidad. Bien al contrario, si se tiene que construir o actuar en una determinada parte de ese *collage*, resulta sencillo percibir las características formales y espaciales de ese lugar. Resulta sencillo entender cuales son las características formales, compositivas, espaciales, tipológicas, etc., de los elementos que conforman ese barrio, esa parte del *collage* urbano.

En cada parte del *collage* nos encontraremos con casos existentes, o en otras palabras nos encontraremos con el precedente. No parece muy pertinente en esas circunstancias inventar un objeto radicalmente diferente a lo que el contexto reclama para una adecuada armonía del barrio.

De la invención y la imitación. La importancia de la memoria

Es verdad que el Movimiento Moderno ha hipervalorado la «invención», y menospreciado la «imitación», ignorando el valor del precedente. Aunque esto ha sido sólo a un nivel teórico, porque los hechos han demostrado que todo un repertorio formal heredado fundamentalmente de los años 20 y 30 (aunque también de décadas posteriores) ha seguido siendo sistemáticamente imitado y copiado; es decir un repertorio que ha operado como un precedente; un precedente que podía ser imitado en todos los lugares y contextos del mundo, un repertorio con afanes de internacionalización, por encima de las condiciones climáticas, culturales, etc.

Como decía, al tener que actuar en una de las partes del *collage*, de esa ciudad *collage*, nos resultará muy evidente saber cual es el precedente, e incluso ver la variedad de opciones dentro de una determinada manera; es decir se pone en evidencia el valor del discurso de la imitación, en contra de la permanente y angustiosa búsqueda de lo nuevo a cualquier precio, de cualquier modo y en cualquier tiempo y lugar.

Ante el rechazo que este discurso de la imitación, de la memoria, ha sufrido a lo largo del pasado siglo y lo sigue sufriendo en la actualidad, Colin Rowe (1986) realizaba una serie de comentarios que leeré a

continuación⁷. Rowe respondía a una pregunta que se le hizo relativa a la obligación de inventar en un ejercicio de Gropius a sus alumnos; en ese ejercicio Gropius prohibía taxativamente copiar.

⁷ Rowe, Colin. *The Harvard Architecture Review*. Cambridge, Massachusetts, 1986.

Dice Colin Rowe:

«Nunca puedo entender como es posible atacar o cuestionar el uso del precedente. Por supuesto, soy incapaz de comprender cómo alguien puede comenzar a actuar (y no digamos a pensar) sin recurrir al precedente.

Porque, al nivel más banal, un beso puede ser instintivo y un apretón de manos sigue siendo producto de la convención, del hábito o de la tradición; y en mi lectura, todas las palabras y lo que pudieran significar están relacionadas —de un modo difuso sin duda— a las nociones de paradigma, de modelo, y por tanto, del precedente.

¿Cómo es posible pensar en cualquier sociedad, en cualquier civilización, o cultura sin la provisión del precedente? ¿Acaso no son el lenguaje o los signos matemáticos la evidencia del imperante precedente? Más aún, en el predicamento romántico de la interminable novedad, uno se perdería para descubrir cómo cualquier discurso (más allá de un gruñido) ha de ser llevado a cabo.

¿No es el precedente, y no son sus connotaciones, el cemento primario de la sociedad? ¿No es su reconocimiento la garantía última de un legítimo gobierno, de la libertad legal, de una decente prosperidad, y una educada interrelación?».

Y continúa Colin Rowe:

«En los tiempos en que se entendía que todo es una cuestión de imitación, bien de la realidad externa, o de alguna abstracción más metafísica, el papel del precedente era raramente discutido, y no hace falta decir que Aristóteles plantea este argumento de modo muy sucinto.

El instinto de la imitación está implantado en el hombre desde la infancia, una diferencia entre él y otros animales es que es la más imitativa de las criaturas vivientes, y a través de la imitación aprende sus lecciones más tempranas; y no es menos universal el placer sentido en las cosas imitadas.

Cuando Walter (se refiere a Walter Gropius) afirma: *Tenéis que actuar, representar, pero nada de copiar, y eso es lo que vosotros tíos tenéis que hacer*. Pero ¿Puede existir algún dictado más perverso e inhibitorio? ¿No está claro que cualquier forma de actuación es inherentemente “copiar”. Y, sin estos modelos es, sin duda alguna, extremadamente difícil de imaginar cómo cualquier juego del ajedrez a la arquitectura podría sobrevivir. No, todo juego, toda actuación, es esencialmente la celebración del precedente».

He leído esta cita de Colin Rowe, porque aún siendo larga, es extremadamente clarificadora de la importancia de la imitación en el desarrollo de la civilización. Y ello es lo mismo que reconocer la importancia de la memoria.

Pero, como señalaba anteriormente, el artista siente hoy la angustia de buscar la novedad, el anhelo romántico de lo nuevo; parece que se ha de inventar en todo momento, constantemente. Y en esto Colin Rowe es igualmente clarificador.

Permítanme que haga una referencia a tres párrafos de Colin Rowe acerca del tema: *¿Cual es el papel de la invención en la arquitectura hoy?* Es decir la contestación a la propuesta de Walter Gropius.

Dice Colin Rowe:

«Bueno, uno piensa en el abogado con su completa biblioteca encuadrada en cuero azul detrás de él. Es el inventario de casos que tratan sobre el caso específico que se le ha pedido juzgar. De modo que tan sólo para pronunciar una innovación legal, para discriminar lo nuevo, nuestro jurista está obligado a consultar lo viejo y lo existente; y es sólo mediante la referencia a ello cómo la auténtica invención puede ser proclamada.

Porque, ¿no son el precedente y la invención las dos caras de la misma moneda?

Creo que un tema mejor que *el papel de la invención en la arquitectura hoy*, podía haber sido: *¿Cómo lo nuevo invade lo viejo, y cómo lo viejo invade lo nuevo?*».

Postmodernidad y nueva ilustración

Quisiera referirme ahora, de modo breve, al importante papel que las ciencias sociales han desempeñado a lo largo del siglo XX en el desmontado de las grandes propuestas de la modernidad.

Las propuestas de la modernidad se basan en enunciados absolutos, metafísicos, o al menos utópicos, entendida la utopía como meta hacia la que dirigirse. De modo que existe la creencia del progreso, de tender hacia un objetivo, y por ello puede y debe planearse el modo de actuar de la persona y de la colectividad.

Las ciencias sociales, como la psicología, la sociología, la estadística, y prácticamente todas las demás, han demostrado con datos, tomados a lo largo de más de un siglo, cómo muchos, la inmensa mayoría de hecho,



Ciudad compacta. Bilbao.

de los postulados ilustrados, modernos, son negados constantemente por la realidad.

El pensamiento post-estructuralista, que alcanzó notable resonancia tras el Mayo del 68, y que tanto eco ha encontrado en los ámbitos académicos de todo el mundo en las últimas dos décadas, ese pensamiento, apoyándose en las ciencias sociales ha deslegitimado al pensamiento ontológico o metafísico, espina vertebral de la modernidad.

De tal modo que defiende posiciones como por ejemplo la de que el conocimiento es irreductible, y por tanto siempre existirá la *différence*, o el disenso como nueva vía de búsqueda.

Las diferentes plataformas desde las que abordar el conocimiento niegan cualquier idea de progreso lineal hacia una meta, o una utopía determinada. De modo que en los últimos años, desde el advenimiento de la Postmodernidad, podemos afirmar que todos los grandes enunciados modernos han sido, cuando menos, relativizados, e incluso deslegitimados.

El mundo occidental ha visto así fundirse como un azucarillo en un vaso de agua los grandes paradigmas que la modernidad había sustentado en el siglo xx.

Desde el xix, y hasta la Segunda Guerra Mundial, el gran objetivo de la civilización, su paradigma incuestionable, lo constituía la idea del progreso social. Es decir la mejora de las condiciones sociales de la persona y de la sociedad. Ese fue el paradigma bajo el que se desarrollaron las vanguardias arquitectónicas europeas antes de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la guerra, y superado un periodo de existencialismo, se alumbró un nuevo paradigma que ha pervivido hasta hace muy pocos años; me refiero al que apuntaba hacia el progreso tecnológico. Lo tecnológico parecía ser el medio para la resolución de todos los problemas, incluidos los problemas sociales, que quedaban supeditados al progreso tecnológico.

La arquitectura e incluso ciertas propuestas urbanas se hicieron eco de la fe tecnológica en la manera de expresarse.

Pero como señalaba antes, a raíz de la extensión del pensamiento post-estructuralista, desde mayo del 68, ese paradigma se desvirtuó, porque la misma idea de los paradigmas carecía de sentido.

De modo que parecía inevitable una fragmentación en pluralidad de opciones, lejos de la supuesta unidad de intereses que el paradigma conlleva.

En esa atmósfera hemos vivido inmersos en las dos décadas que preceden el cambio de siglo, y en los primeros años del nuevo siglo.

Los acontecimientos, o las circunstancias que acompañan al naciente siglo, y que yo citaba al inicio de este texto, no hacen sino confirmar el grado de dispersión de los fenómenos, la ausencia de unas pautas compartidas y desde luego, *malgré tout*, la total ausencia de control de los acontecimientos: podríamos por ello afirmar que el pensamiento post-estructuralista es extremadamente certero en el análisis de la realidad.

Por esta falta de control, y esta fragmentación, ¿Podríamos afirmar que caminamos a una nueva Edad Media, tal y como muchos han anunciado? ¿Podrían las sucesivas crisis, la energética fundamentalmente, y también la crisis de los recursos, dismantelar la globalización, como afirma Kunstler?

O por el contrario ¿Existe algún objetivo capaz de aglutinar a todos los individuos del planeta en una causa común, bajo un nuevo paradigma, abarcante de toda la diversidad que pueda imaginarse? En otras palabras, un paradigma capaz de estar por encima de las condiciones humanas más variadas de raza, género, clase social, credo, conducta, etc.?

Un nuevo paradigma que «obligue» a una toma de conciencia universal capaz de poder cumplir los objetivos de ese paradigma.

Ante el escenario descrito inicialmente, yo señalaba, que parece que un regreso a la racionalidad se impone, y de aquí una puesta en valor de la memoria, del precedente, del discurso de la imitación.

Y ese nuevo talante que parece demandar la actual circunstancia planetaria de crisis muy severa, podría encuadrarse bajo el único paradigma que hoy vislumbramos, y que no es otro que el respeto al medio ambiente. Este sería el nuevo paradigma que tenemos ante nosotros en el nuevo siglo. Podríamos decir que sería el nuevo paradigma que mejor define el cambio de siglo: Respeto al medio ambiente, tanto al construido por el hombre como al natural; respeto capaz de mantener un equilibrio real en aquel viejo binomio de la Ilustración entre artificio y naturaleza.

Los graves retos que enfrentamos son de tal calibre que la conciencia de su gravedad no hará sino agudizarse a medida que se vayan manifestando los problemas medioambientales que nos acechan, tanto en las grandes áreas metropolitanas, en la ciudad, como en la naturaleza, en escenarios lejos de nuestra vista, pero que nos afectan de modo muy directo.

En los últimos años las reflexiones en torno a estas cuestiones y su incidencia en los campos de trabajo que desarrolla el arquitecto, fundamentalmente la arquitectura y la ciudad, esas reflexiones se han llevado a cabo mayormente por colectivos y personas ajenas a la arquitectura; los arquitectos eran vistos como personas desinteresadas por estas cuestiones de amplio alcance social.

Ourousoff, el crítico del *New York Times* acierta al afirmar que «Fue divertido hasta que se acabó el dinero». ¿Aprenderemos algo después del crack financiero de 2008?

El planeta tierra, la casa de todos, decía un prestigioso premio Nóbel de Física, es como un reloj. El día que el reloj se estropee, no tendremos relojero.